

Entre la ciudadanía Los precipicios

A través del uso la gente le va dando a las palabras el significado que mejor concuerda con sus deseos. En el Perú la palabra ciudadanía ha ido adquiriendo una carga muy densa. Evoca, ante todo, derechos. Por lo general, no cubiertos. En esa medida, reivindicaciones.

El deseo de los individuos —y comunidades— de progreso, igualdad y reconocimiento social es lo que palpita tras la apelación a la ciudadanía. En realidad, en una sociedad heterogénea y jerarquizada se trata de una rápida toma de conciencia en torno de que todos tenemos derechos. No obstante, en el imaginario colectivo la palabra no remite a la idea de deber, ni tampoco a la idea de interés colectivo plasmado en un calendario de urgencia que permita un orden de prelación en satisfacer los derechos no cubiertos. Entonces, la idea es que la realización de las expectativas tiene que ser perentoria. Estrategias individuales o colectivas que significan apelar a la acción directa, en el supuesto de que quien grita más fuerte, más obtiene.

La palabra gobernabilidad es de uso más reciente. Está restringida, además, a los medios políticos y académicos. En todo

caso, ella expresa el deseo de orden y eficacia. Sin acaso quererlo, las personas que la convierten en emblema terminan por suscribir opciones represivas. Situándose por encima de la gente, apelando a la necesidad de orden para que el país sea atractivo para la inversión, estas personas no se dan cuenta de que la desigualdad social y la amargura son la fuente más profunda de ingobernabilidad. Sea como fuere, la proliferación de huelgas, la incapacidad de mantener un rumbo, y el caos social, son los fantasmas de la gobernabilidad. Pero, sea como fuere, una sociedad debe ser gobernable. El desorden sin perspectivas engendra la intolerancia y el deseo de mano dura. Entonces se crean las condiciones para las dictaduras.

Las tensiones entre el reclamo ciudadano y la reivindicación de gobernabilidad pueden equilibrarse de distintas maneras. Este es el reto del Perú de los próximos años. Lo ideal sería que la ciudadanía fuera resignificada como lucha por un interés general y no como

intransigencia local. Una toma de conciencia en torno del peligro de una nueva dictadura y otra ola de barbarie. Un darse cuenta de que si todos pensamos y actuamos con la consigna de que quien grita más obtiene más, al final solo se logrará un populismo efímero y una dictadura. Este darse cuenta implica que la gente trascienda el horizonte de sus (justas) reivindicaciones, para darse cuenta de las posibilidades del país como nación. También sería ideal que la gobernabilidad no lleve a renunciar a la democracia. Es decir, que exista tolerancia en las negociaciones, comprensión de las necesidades de los otros, disposición al diálogo. Pero también mano firme ante el desorden vandálico, pues no se puede enviar el mensaje de que la intransigencia es lo que más paga. Por tanto, la cobertura de derechos tiene que ser más proactiva, menos en función de las demandas de los sectores más movilizadas y más en atención a los que más necesitan. O sea, tener una escala clara y consensuada de prioridades.

El desorden sin perspectivas engendra la intolerancia y el deseo de mano dura. Entonces se crean las condiciones para las dictaduras.

y la gobernabilidad: de lo posible

Gonzalo Portocarrero



Las posibilidades de una consolidación democrática están minadas por la situación económica y la clase política. El discurso neoliberal está en retroceso. Factores de orden moral y económico se conjugan para que la globalización tenga sus tropezones. A diez años de implementado, el modelo neoliberal hace crisis en América Latina. Las brechas socioeconómicas se agrandan, el crecimiento es mediocre y la paciencia se acaba. El cuestionamiento moral es también

importante. Quizá, sobre todo, desde el primer mundo. El escándalo de la desigualdad, la extensión de la delincuencia y el exitismo corrupto nos remiten con nostalgia a las épocas de una mayor sencillez y austeridad. Sea como fuere, la consigna es "facilitar el mercado". Apoyarlo, complementarlo o corregirlo, según sea el caso. Este proceso se va imponiendo. Pero no hay garantías. Menos aún si la banca internacional no depone su intransigencia. La política económica necesita

cambios, y aunque no sepamos a ciencia cierta cuáles deben ser estos, sí es claro que debe atacarse el desempleo y la extrema pobreza.

La clase política despierta mucho escepticismo. La gobernabilidad del país pasa por la posibilidad de acuerdos fluidos. No obstante, el deseo de poder y el cinismo tienden a desbordarse. El mejor ejemplo es el APRA, donde Alan García deshoja margaritas entre ser presidente ahora, acortando el periodo de Toledo, o en el 2006. El caballo que monta es el de la ciudadanía. Se figura como el portaestandarte de los que no tienen. Encuentra un buen aliado en la necesidad o credibilidad del mundo popular. Juega con la esperanza de la gente. Quiere imaginarse la salida a los antagonismos sociales que desgarran al Perú. Pero la ausencia de una autocrítica sincera hace que sea imposible crearle. Tensionado entre la lógica del protagonismo personal y la lógica del interés colectivo, tiende, sistemáticamente, al arrebató narcisista y la complicidad mafiosa. Solo le interesa el poder.

De otro lado, desde Japón, Fujimori aguarda el descalabro

Gonzalo Portocarrero es sociólogo y profesor universitario.

social para, montado en el caballo de la gobernabilidad, regresar como el salvador que impide el caos y la barbarie. Como a García, tampoco se le puede creer, pues no hay de por medio ni explicación ni arrepentimiento. El resto de la clase política es mejor pero, careciendo de organización, y del liderazgo arrasador de un García o un Fujimori, no se sabe qué esperar. En todo caso, hay gente honesta y de buena voluntad en política. Deben ser pocos, y por ello su tarea es muy grande.

Entonces, ¿en quién confiar? Se me ocurren dos candidatos. Primero, los medios de comunicación. No todos, desde luego, pero sí muchos de ellos. Pocas veces en el Perú ha habido tanta transparencia política como ahora. No es tan fácil ocultar el cinismo. La fiscalización, la exigencia de seriedad y coherencia, debe continuar. Segundo, la maduración del pueblo peruano. Su capacidad para, tomando distancia de los vendedores de sebo de culebra, aprender a presionar con firmeza pero sin vandalismo. No ser carne de cañón de un caudillo enfermo de poder.

Quisiera terminar señalando que cualquier previsión razonable como la que trato de articular es siempre relativa. La irrupción de lo contingente, de lo imprevisible, es una posibilidad que nunca puede descartarse. No obstante, como tampoco se trata de entregarse al azar, solo cabe batallar para que el Perú transite hacia una democracia posible sin recaer en el populismo y la dictadura. ▲